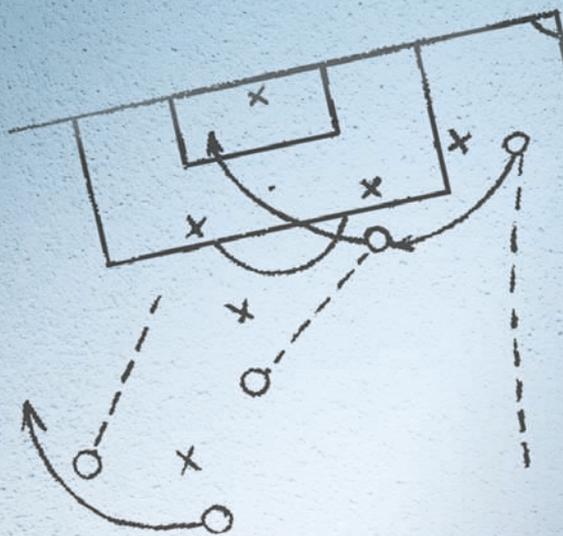


# El orden de las cosas



Iván Thays









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2011, IVÁN THAYS

© De la edición 2011, Santillana S.A.

Av. Primavera 2160, Lima 33, Perú

© 2012, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4392-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Cubierta: PATRICIA SORIA Y EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Thays, Iván

El orden de las cosas / Iván Thays. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

144 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja. Narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4392-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

# El orden de las cosas

Iván Thays

loqueleg



*Estás lleno de secretos que llamas Yo.*  
PAUL VALÉRY



## UNO

**E**n mi mano derecha estaban aquellas fichas amarillas garabateadas con lo que había escrito durante el viaje en avión. Ideas sueltas. Algo que decir. Era todo lo que tenía, lo único que se me había ocurrido.

Al fin había llegado al pueblo. Estaba exhausto por el viaje imprevisto y, sobre todo, por tantos recuerdos. El taxi buscaba la dirección que le había dado. Iba lento, me permitía ver caras, casas, reconocer lugares. Le había pedido que me dejase dos cuadras más allá de la iglesia. Ya estábamos ahí. La misma vieja iglesia en medio del parque, quizá recién pintada, pero no por eso menos vieja.

¿Hacía cuánto que no regresaba? Veinte años. Veintiún años, en realidad.

Las casas habían cambiado el adobe por el ladrillo, la pista era de asfalto, menos árboles, más ventanas; pero aún seguía siendo la misma larga calle de un solo sentido que recorrí en bicicleta, una y otra vez, durante el día o en medio de la noche cerrada, el año que estu-  
dié en el colegio de aquel pueblo minero.

Di unos pasos arrastrando mi maleta por la vereda hasta la casa de Sebastián y Graciela. La casa no había cambiado mucho, apenas algunas modificaciones sin importancia. Seguía siendo imponente, la más grande de todo el lugar, con el techo altísimo y el lustroso patio de baldosas donde nos resbalamos todos alguna vez.

Graciela salió a recibirme.

Me dio un fuerte abrazo aun antes de decir mi nombre. «Han pasado más de veinte años», pensé. «Y sigue oliendo a fruta». Solté la maleta y la abracé también. Me dijo algo al oído que no alcancé a escuchar. Nos separamos y nos miramos a los ojos, ahora sí reconociéndonos.

¿Tanto habíamos cambiado?

Yo había cambiado, eso lo sabía perfectamente. Ella también, pero seguía siendo hermosa e, incluso, inesperadamente juvenil.

—Espero que tengas el discurso preparado —dijo Graciela—. Todos están pendientes de escuchar al escritor famoso del que hablan los periódicos.

Metí la mano al bolsillo del saco, cerré el puño y apreté las fichas que apenas unos minutos antes había guardado ahí. Hubiera querido sacarlas, mostrárselas a Graciela, arrojarlas al vacío, desaparecerlas. Hubiera querido saber improvisar, decir algo que realmente saliese del corazón y no tener que depender de aquellas frases.

Y es que Sebastián se merecía algo mejor que unas fichas alineadas y enumeradas, garabateadas por alguien que quería dedicarle palabras, miles de palabras, que yo sabía que no en este momento sino luego, cuando regresase a mi casa, aparecerían en mi cabeza.

En algún momento las palabras, las verdaderas palabras que le debía a Sebastián, aparecerían. Y serían tan obvias, tan precisas, tan justas. Será como descubrir, nítidamente, al fin, las palabras invisibles que desde hace veinte años daban vueltas en mi cabeza y en mi corazón.

Pero llegarían, ya lo dije, inevitablemente tarde.

Puede parecer curioso pero nunca he sido bueno con las palabras.

Es decir, no soy bueno para hablar en voz alta.

Prefiero escribir.

Cuando era un niño siempre escribía cartas. Les escribía cartas a mis amigos que vivían en varios países, a mis primos que vivían en Lima, a mis abuelos que también vivían en Lima. A mis padres les escribía cartas que pasaba por debajo de su puerta a la hora de la siesta. En ellas les decía, con una letra grande y redondeada, una letra fea, que los quería. O que no los quería. Que estaba triste o feliz. Eran cartas largas, cartas llenas de páginas, cartas llenas de frases, de ideas, de emociones. Cartas que no llegaban a ningún puerto, que en el fondo no querían decir nada concreto, simplemente existir.

No, definitivamente no era bueno con las palabras.

Pero Sebastián sí lo era.

Era extraordinario para hablar en público. Siempre terminaba en primer lugar en los concursos de oratoria. Y cuando había que dar un discurso en la formación, frente a todo el colegio, al único que la maestra señalaba sin dudar era a Sebastián. Él sabía que tenía

ese don, entre embaucador y extremadamente lúcido, por eso siempre buscaba que le tomaran los exámenes orales. O que la nota final fuese una exposición. Yo estudiaba mucho, leía todo lo que había que leer, leía a veces más de lo que los profesores nos pedían. Y a la mañana siguiente, mientras comía algo de su lonchera, adelantándose a la hora del almuerzo, Sebastián me decía: «Dime todo lo que sabes del tema». Le leía mis fichas. Le hacía un resumen rápido, desordenado, nervioso, sobre todo lo que había estudiado el día anterior. Luego, cuando llamaban a Sebastián a la pizarra y le pedían exponer sobre la Revolución Francesa o sobre las Cordilleras en el Perú o sobre el amor en *Cien años de soledad*, daba una explicación inteligente, ingeniosa, convincente, original, incluso audaz; pero sobre todo tan conmovedora que casi siempre terminaba con un aplauso escapado de dos o tres compañeros, además de la encandilada maestra.

—Eres un encantador de serpientes —le dijo una vez una profesora suplente que no quiso tragarse el don de Sebastián. Él se encogió de hombros y se echó a reír.

De todos modos, al final, su nota fue la mejor del salón.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté aquella noche en la cabaña—. ¿Cómo puedes estar tan seguro a la hora de exponer sobre temas de los que, me consta, en realidad no sabes nada?

—Sé lo que tú me cuentas que has leído —se defendió.

—Pero eso no es nada, no los estudiaste, solo es un resumen.

—Con eso es más que suficiente. Lo que se necesita no es tener muchos conocimientos sino saber poco, pero ser muy ordenado. Te voy a poner un ejemplo...

Ni él ni yo sabíamos que esa noche en la cabaña, la noche de esa conversación tonta sobre el orden de las cosas, iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

A veces quisiera retroceder el tiempo y que nunca hubiera ocurrido. No habernos visto entonces, vernos al día siguiente, jugar fútbol, conversar de lo que sea, seguir como antes. Pero es imposible. No se puede rebobinar el pasado. Y aun si se pudiese, quizá solo seríamos espectadores sin capacidad para cambiar las cosas.

Ese día, Sebastián y yo estábamos dentro de la cabaña, tendidos sobre unas viejas frazadas, mirando a lo lejos las luces de los autos sobre el puente. No había sonido alguno. Sebastián cogió una varita de madera y trazó una línea en la tierra removida.

—Así es la vida —dijo mientras hacía avanzar la vara sobre la línea trazada—. Un orden establecido, una línea, una sucesión de puntos. Ahora estás acá, luego más acá y luego llegas al final y se acaba. Lo que yo hago es colocar todo lo que sé, todo lo que tú me cuentas, en orden y ya está. Si sabes ordenar las cosas, todos pensarán que sabes de lo que estás hablando. Pero si eres un caótico, un desordenado, entonces, aunque seas un genio, pensarán que eres un tarado.

Me quedé pensando en aquel orden del mundo. Y en las intervenciones orales de Sebastián que tanto éxito tenían. Era cierto, todas seguían un mismo orden; primero, un dato coyuntural, una broma; luego, un

análisis del tema con los pocos datos que recordaba; luego una opinión personal dicha con énfasis; y finalmente, cerraba lo que acababa de decir con la misma broma del principio, pero dicha ahora con más seriedad, como si fuera algo determinante, como si lo que dijo al inicio descuidadamente, como si no importara, fuera en realidad lo único que quería decir.

—¿Y crees que todas las cosas en el mundo tienen un orden? —le pregunté.

—¿Y qué crees tú?

—Que no, que las cosas pueden ser a veces distintas. Que todo puede ser de otro modo. Y que es imposible saber cómo van a ser las cosas hasta que suceden.

Sebastián me miró directamente a los ojos. Parecía tratar de descubrir algo en mi mirada. Me escudriñaba. Luego, volteó el rostro hacia el río y dijo, decididamente triste: «A veces quisiera creer que es como tú dices. Pero no, en realidad todo sucede porque tiene que suceder. Hay un orden estricto en las cosas y nadie, nunca, escucha bien, nunca, lo podrá modificar».

En aquel entonces Sebastián era, de lejos, el chico más popular del colegio. No solo porque su padre era el gerente general de la mina de ese pueblo apartado del mundo, en la cual los padres de la mayoría de alumnos trabajaban, sino porque era el capitán del equipo de fútbol y el mejor jugador de la escuela, a pesar de estar solo en tercero de secundaria.

Y también por Graciela, claro está, su hermana melliza. La hermosa chica de la que todos estaban enamorados en secreto.

Gracias al fútbol me hice de inmediato amigo de Sebastián.

Mis padres y yo habíamos llegado a aquel lugar porque mi padre consiguió un buen puesto en la mina. Ingresé en tercero y el cambio fue muy fuerte. Venía de un colegio de Lima, donde las clases y los recreos eran muy distintos. Mi nuevo colegio era elegante, grande, con una cafetería estupenda, una biblioteca respetable, una sala de proyección que llamábamos (con más entusiasmo que veracidad) «cine» y profesores interesados en nosotros. Pero no dejaba de ser un colegio en medio de las montañas, los árboles y las acequias, y eso para un chico de Lima resultaba terriblemente aburrido.

Sin embargo, la verdadera diferencia entre ese colegio y el de Lima era el campo de fútbol. Este era un campo verde, bellissimo, que parecía la fotografía de un estadio europeo en plena Copa del Mundo. Estaba rodeado de graderías de concreto y los maderos de los arcos brillaban de blancos. En las noches, las redes eran guardadas en el vestidor, donde también había lustrosas pelotas, siempre del último modelo aparecido, y el césped era regado cada cierto tiempo por extensas mangueras.

Muchas veces me quedé a ver esa escena: El campo de fútbol apenas iluminado por la luna, los arcos sin redes, el silencio de las gradas y las mangueras vertiendo el agua, como serpientes que dejaban atrás su piel, sobre el verdísimo césped.

Como había venido de Lima, y siendo un colegio pequeño con un único salón por grado, no fue difícil

entrar al equipo. Debo admitir que también ayudó el azar. Yo era zurdo. Era el único zurdo del salón. Además, era muy veloz. Ya desde las primeras semanas, en clase de gimnasia, mientras hacíamos piques o carreras de cien y doscientos metros planos con cronómetro, Sebastián había descubierto mi velocidad.

Una tarde se acercó a mí y me preguntó si jugaba fútbol.

—Claro —le dije secamente, aún incrédulo ante la posibilidad de hacer un amigo *verdadero* en ese colegio nuevo.

—¿Y en qué puesto juegas? —insistió.

—En cualquier puesto, menos arquero —contesté. Y cuando intenté alejarme, me retuvo por un hombro y me dijo que al día siguiente, por la tarde, habían pedido la cancha para entrenar los de tercero.

—¿Por qué no te pasas por aquí? —me invitó, al tiempo que me preguntaba si tenía chimpunes. Le contesté que iba a pensarlo aunque sabía que, sin lugar a dudas, iba a asitir.

Y es que esa era mi oportunidad.

En mi colegio limeño era un jugador regular, mediocre más bien, dentro de un colegio enorme, bilingüe, con chicos de muchos países; siempre había alguien que jugaba mejor que yo en cualquier puesto que me ubicara. Pero, pese a ello, siempre lograba introducirme en los equipos B de grado o en la suplencia. Una vez, incluso, llegué a integrar un equipo A en primaria y conseguí una medalla de tercer puesto con mi selección.

El fútbol era mi gran, mi única pasión.

Sabía formaciones enteras de mis equipos favoritos, las historias de las copas del mundo, tablas de